

la superior, descendiendo sobre nichos de cristales inmensos sostenidos por ligeros columnas; en espacio de fabricación de estas, las que se ven bajo el muelle de la construcción de acero y ocho pisos y que forma como pasadizos de pedras de joyas de mineros de todos, máquinas y tirantes, eso es lo que se necesita para formar aproximada idea de lo que se quiere describir.

Travesado sin cesar las calles caros y carteras de todas formas y dimensiones desde el calle con sus dos colosales botas de bois de lata del vendible de leche hasta carros que llevan monedas y de donde se parte el para la vendida la carne la carne la sola todo se conduce.

VII

Las calles de día y de noche.—Remates.—Embaucadores. El parque.—Casas de placer.—Calle de Dupont.—Barrio Chino.

HEMOS indicado cuánto es el movimiento, cuánta y cuán viva la animación en las calles centrales del comercio y en las próximas al muelle. De día hacen ostentación de estas cualidades las calles de Kearny y Montgomery, con sus efectos de lujo; las de California y Sacramento con el movimiento imponderable de sus bancos; la de Battery y otras con la carga y descarga de sus efectos en los almacenes, y todas con la mezcla de placer y de los negocios que dan al conjunto una fisonomía alegre de bienestar y contento.

Lo que no es describible es el conjunto, por más que muchas veces lo haya intentado. Esas masas gigantescas de edificios austeros, atrevidos, uniformes y pesados en su par-

te superior, descansando sobre nichos de cristales inmensos sostenidos por ligeras columnas; esa especie de fabricacion aérea, esa luz que corre bajo el macizo de la construccion de siete y ocho pisos, y que forma como bosques de lienzos, de joyas, de muñecos, de tocados, máquinas y figurines, eso es lo que se necesita ver para formar aproximada idea de lo que se quiere describir.

Atraviesan sin cesar las calles carros y carretas de todas formas y dimensiones, desde el *vogue* con sus dos colosales botes de hoja de lata del vendedor de leche, hasta carretones que llevan montones de tercios y de baules. El pan, la verdura, la carne, la cerveza, la soda, todo se conduce en carros y se proclama en todos los tonos, con insistencia grande, aunque en acento desgarbado y monótono.

El negociante atraviesa en su quitrincillo tirado por un caballo y sube y baja haciendo su negocio; trepa el ómnibus las cuestas afanoso, llevando de transporte familias enteras; wagones innumerables se cruzan rápidos con un tumulto de viajeros á su retaguardia, y en landós soberbios y carretelas abiertas van las damas, recostadas entre pieles negligentemente y dando al aire los velos blancos que vuelan sobre las flores de sus primorosos gorritos.

Negrean las calles de los bancos con caballeros uniformemente vestidos de negro, y como para una gran festividad, con sus sobretodos al brazo como si estuvieran á la entrada de la ópera, culebrean y se agolpan los chinos vestidos de azul, con los brazos abiertos en actitud de vuelo, azotando las trenzas su espalda, dejando ver sus medias blanquísimas como nieve y sus zapatos ó babuchas de chalupa, con los que andan muy desembarazados, y entre ese

gentío se abre paso con su sombrilla la *lady* vestida, con deslumbradora elegancia, de pieles, terciopelos y sedas, reverberando de soguillas y pedrería, ágil, risueña, quemando, desesperando á los inexpertos hijos de Adam.

Se deslizan y caracolean en todas direcciones vendedores de diferentes artículos, que excitan ambulantes el apetito, y atacan insolentes los bolsillos.

Cajoncitos con ramos de flores: cacahuates y naranjas en carritos de mano; cortaplumas, botones y corbatas, limonadas y refrigerios, en cajones sobre tripiés.

El sentimiento de igualdad se lleva tan al cabo aquí, que hasta las que yo habia tenido como naturales categorías de las mercancías, desaparecen. Entre una joyería y una tienda de modas, invadiendo la banquetta, esperan marchante las frutas, el apio, los botes de conserva, el jabon y los zapatos. Interrumpen las hileras de tápalos, casimires y sombrillas, sendos cuartos de carnero ó de res pendientes de sus clavijeros y tirando del *schal* ó la mantilla á los transeuntes. Una iglesia deja escuchar sus himnos gravesos al lado de un establo en que se forcejea con la curacion de un cuadrúpedo. Junto al portátil despacho de aguas minerales, están los periódicos en todos los idiomas, con sendos rubros de sus novedades, y lado á lado de la juguetería de los niños, hay figuras anatómicas anunciando á un cirujano ó á un dentista.

La botica constituye un ramo de comercio *sui generis*: hay con profusion cajitas de píldoras, botes y botellas que todo lo sanan, que prolongan la vida, que reconquistan la fuerza y la hermosura; pero en la botica se expenden toallas, corbatas, perfumes, *protectores* para el pecho, ojos de vi-

drio, bragueros en número estupendo y no sé cuántas cosas más.

Es de rigor que las boticas ostenten suma elegancia y que sus gigantescos botellones con aguas de colores sirvan de guía en las noches, como faros á distancias inmensas. Los aparatos de mármol para las aguas minerales heladas, suelen valer dos y tres mil pesos. En México hay uno de estos en la botica de la calle de Tacuba.

En este país inquieto, voluntarioso y movedizo, los *remates* tienen importancia especial. La gente, al trasladarse á otro punto, todo lo abandona, cambia de localidad como la víbora de piel, sin retener ni reservar nada; parece que desea abandonar hasta sus recuerdos; pero eso sí, sacando partido.

Por todas las calles hay remates.

Congréganse carros y carretas, colchones, cuadros, pianos, útiles los más inciviles de la vida íntima; y así como todo lo deja el emigrante, todo se apropia sin el menor escrúpulo el que queda, sin cuidarse de la procedencia y haciendo uso inmediato de los desechos que remata. Lo mismo sucede con los sombreros, con los zapatos y con la ropa que llaman *de segunda mano*.

Todo el trágin que hemos procurado bosquejar de día, toma en las noches otro tipo, sin dejar su actividad febril, á lo ménos en las calles principales.

Pero la noche es el misterio y lo fantástico con que se complica admirablemente la luz artificial.

En varias esquinas, en alto y á la luz de las antorchas, se miran los mil suertistas, embaucadores y charlatanes en que tanto abundan estos lugares.

Ya es un hombre que traga á puñados copos de algodón y por la manga de la levita le sale hilo de la mejor calidad, vendiendo sus carretes á alto precio. Ya es un sabio que hace funcionar su máquina eléctrica para hemorragias, reumatismos, dispepcias y qué sé yo cuántas lacras y achaques de la triste humanidad. Ya el propietario de unos pajaritos que predicen el futuro, acarreando papelitos de diversos colores en el pico. Una gitana dice la buena ventura á unos labriegos, miéntras un espiritista denuncia sus conversaciones con el alma de Señora Santa Ana ó de Booth, el asesino de Lincoln. Un Arago callejero explica los fenómenos celestes al frente de un telescopio por donde todos ven oscuro, y un perro sabio adivina lo que tiene uno en el bolsillo y la chica que más le confronta de la concurrencia.

Los cafés cantantes, los teatros de *Ministrils*, los totilimundis y los saltimbanquis, se anuncian con músicas de viento, sin cesar por ello los cilindros, haciéndose rajadas con los carcajeos de Offembach ó las salidas picarescas de la *Fille de Mad. Angot*, miéntras tres desgajados músicos de la Murga con su arpa y sus violines, sus sorbetes y sus levitas raidas, gimen sus himnos á Garibaldi, con un sentimentalismo como de quien no ha probado bocado en todo el día.

En las noches de luna, los parques y jardines son muy concurridos, viéndose en el parque, en *Cliff House* y en otras casas de campo, concurrencia hasta muy entrada la noche.

Pero donde se concentra una animación nocturna que sorprende al viajero, es en la calle de Dupont y sus alrededores.

Esa sección de la ciudad, en una extensión como de tres

millas y con muy contadas excepciones, se compone de estancias habitadas por elegantes sirenás, que atraen con sus cantos y sus hechizos á los frágiles mortales.

Las bellas habitadoras de esas mansiones se exponen día y noche en las ventanas de sus habitaciones, cuyo interior se percibe desde fuera.

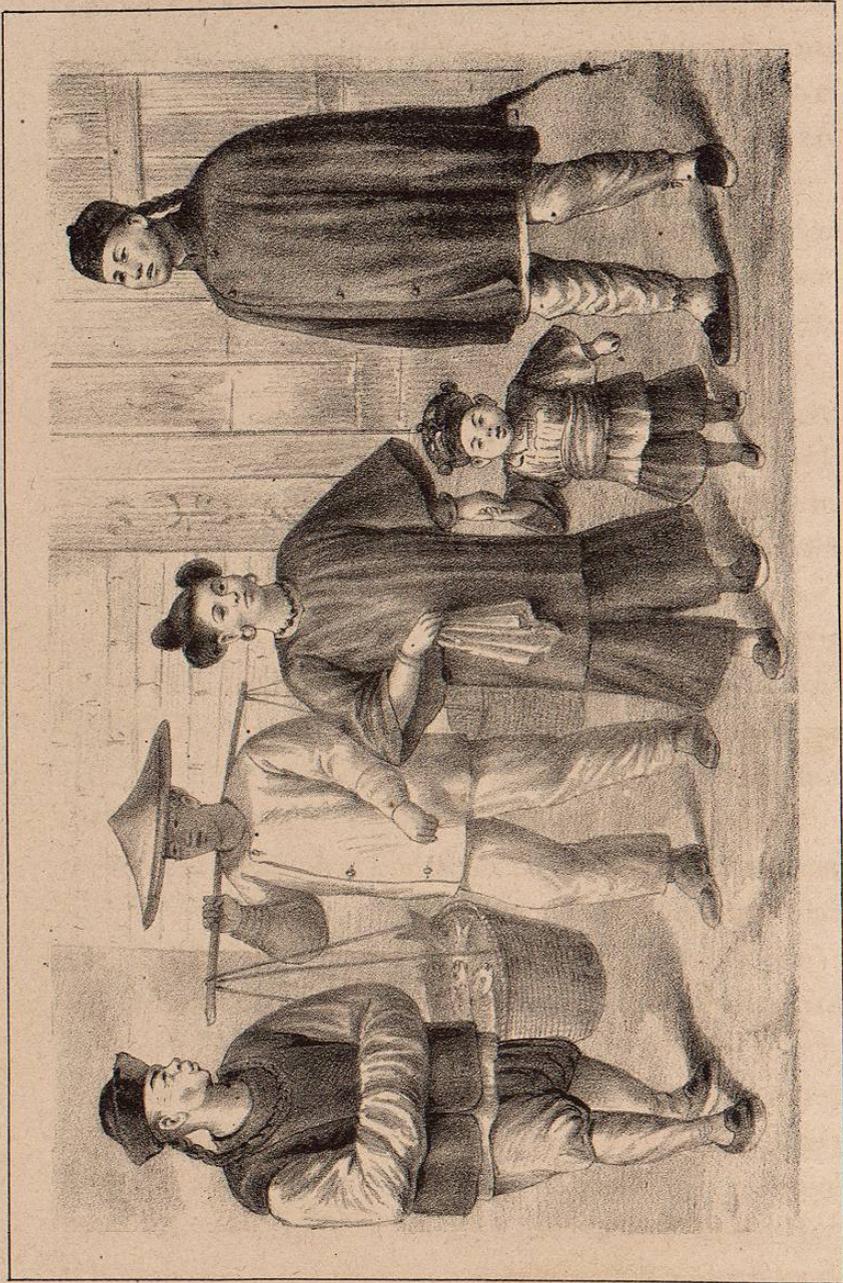
Alfombras, espejos, candelabros, estatuas y el indispensable piano en perpétuo ejercicio, se distinguen en esos templos del ocio.

Las hermosas en las noches suelen estar á la puerta de su negociacion, vestidas de fantasía. Sultanas, sacerdotisas, griegas, Amazonas, divinidades olímpicas, alternan en todos los idiomas, invitando al viajero á tomar descanso y encajando las grandes recomendaciones de los establecimientos.

En algunas casas las escalerillas que dan á la calle están llenas de jóvenes de deslumbradora hermosura, y se oyen de lo alto de los escalones todos los idiomas, como divertida parodia de la torre de Babel.

Inglesas, francesas, chinas, españolas, rusas, americanas, parecen con el destino único de alimentar el bien parecer y la sociabilidad, y en enjambres los viajeros acuden á hacerse cargo de esa instruccion al aire libre, competentemente encerrada por la policía en determinados límites.

Pero yo no sé: cuando entre nosotros se lanza una infeliz á esas distracciones, la miseria, el desengaño, algun móvil que se relaciona con misterios del corazon, son determinantes de su fatalidad. En lo poco que yo pude estudiar de estas desgraciadas, no es así: disponen de sus gracias como de una mercancía, se trata de su venta como un expen-



LIT. DE M. VILLARTE, MEX. CO.

Tipos Chinos.

dedor de licores ó de lienzos, el tráfico es en frío descarnado, calculado, se valúan los cambios y se lamenta ó se aplaude la alza y baja de la demanda, como al tratarse de la melaza ó del tabaco.

De este modo, en la joyería, en la fonda, en el hotel, en el baile, se sazona con la presencia de una hermosa el comercio, como si se tratara de conducir allí una caja de música ó una bombilla de cristal con pescados de colores.

Siguiendo las calles de Dupont y las de Jackson, se van viendo en las puertas los nombres de *Miss Emma*, *Miss Virginia*, *Srita. Adela*, para que no quede duda y para que no extravíe direccion aquel que suele recibir una tarjeta en medio de la calle.

En unas de esas quiebras de las calles Dupont y Jackson, residen las chinas.

Sabido es que las chinas de alguna distincion no ven la luz pública, y que las aventureras que han logrado fugarse del celeste imperio son de la peor ralea.

Se compone su vestido de un saco y una enagüilla. Tienen como zorongo y abultados bucles de cabello cerdoso y reluciente sobre las sienes.

De tez amarilla, chatas, de ojos en diagonal, que parecen arrancar desde la frente, boca grande y labios delgados, con pintura escarlata en los carrillos: esa es la china. No lleva sobre sí harapos, ni denuncian rasgones su mala fortuna; pero hay algo del ocre y de la cera de Campeche en su atmósfera, que repugna.

Por lo demas, la china es el sér más atrevido, más desvergonzado y repugnante de cuanto se puede imaginar.

Habita cuartitos sucios y desamueblados que constante-

mente están cerrados; pero tiene en su puerta unos boquetes cuadrados con su puertecilla constantemente abierta; por allí asoma la china su fisonomía aplastada y saca sus dientes teñidos de colorado, con una raíz que masca y le comunica ese color de sangre que repele.

Pero muchas chinas no se conforman con su encierro: se posan en el medio de la calle y se abalanzan al viajero, agarrándole del vestido; uno de nuestros amigos, entrado en años y circunspecto, dejó, parodiando á José, la solapa de su levita en descomunal batalla con una de esas paisanas de Confucio.

Leed lo que escribía en mi cartera el 2 de Febrero de 1877, y que pinta mis primeras impresiones en el Barrio Chino.

“Salíamos contentos algunos compañeros y yo de la fonda. Los recuerdos de la patria, las evocaciones á la juventud, y el vino y el *rompope*, tenían alegres nuestros corazones y traíamos á las vueltas la historia antigua y moderna de México, la crónica escandalosa, las ilusiones perdidas y las esperanzas al perderse, cuando sin antecedente alguno, del modo más repentino y más inesperado, al doblar una calle, como por magia, estábamos en China.

En las aceras van corriendo en giros encontrados dos raudales de hombres y mujeres, vestidos de una manera imperturbablemente uniforme. Amplio pantalon azul, calzado ó babuchas como chalupa, con la punta hácia arriba, y una franja blanca ántes de la suela, blusa azul hasta la rodilla y anchas mangas, largo y bien rasurado cuello, rapada mollera, con un islote de cabello espeso en el centro, de donde se desprenden para enroscarse en la propia cabeza ó flotar á la

espalda, luengas trenzas de más de vara, con su mota de cordón ó seda en la punta. Esas trenzas se equivocan con la cola del mono, no sé por qué.

Las casas de tráfico, con pocas excepciones, están como amontonadas al ras de la calle, ó en hondos subterráneos húmedos, mal alumbrados, llenos de embarazos y suciedad.

Ya son fruterías con naranjas colosales, nueces de figura de riñones que saben á la vez á coco y á nuez: unas raíces de preparacion particular, que tiñen los dientes y la saliva de color de sangre, y en tiendas más elegantes, á la usanza americana, chucherías mil, de marfil, de ébano, de bambú y madera comun, con barnices deliciosos.

Joyas de oro, tejidos de seda con los matices y la levedad de los colores del iris, y pájaros desecados y pinturas que asombran por la perfeccion del trabajo.

Todo esto lo veíamos en una especie de tumulto, entre gritos como ladridos, y desesperándonos la algarabía de instrumentos en que el rechinar de la carreta y el tirabuzon, rozando con aspereza el corcho, nos habrían parecido arrullos de tórtola.

En medio de aquella balumba, en que perdía para mí toda su reputacion filarmónica el celeste imperio, alcé los ojos.

Los terrados, las flores, las personas, no ofrecen diferencia alguna con las pinturas que vemos, creyéndolas fantásticas, en tibores, biombos, cuadros y muebles chinos.

Son los balcones salientes y como encerradas sus puertas en cuadros ó jaulas formados por las celosías.

Lámparas con grandes borlas ó colgajos de seda carmesí